

NEWMAN: LAICADO, SACERDOCIO Y SANTIDAD

JOHN McCLOSKEY

Hemos celebrado el 150º aniversario de la conversión de Newman en un momento en el que cientos, tal vez miles, de anglicanos, como él lo fue, tanto sacerdotes como laicos, siguen su ejemplo y piden ser admitidos en la Iglesia católica.

Estos hechos parecen precursores de la búsqueda intensa de la unidad, que es tan claramente una obra del Espíritu Santo, cuando nos disponemos a cruzar el «umbral de la esperanza», es decir, el milenio, como el Santo Padre lo ha llamado en su reciente libro. El Papa ha expresado en numerosas ocasiones, pública y privadamente, su esperanza —que es también uno de los grandes objetivos de su Pontificado— de reunión con las Iglesias Orientales, para que la Iglesia universal pueda «respirar con sus dos pulmones».

Oiremos probablemente con frecuencia la mención de la vida y del pensamiento de Newman, no solo intelectualmente por lo que respecta a la fuerza y atractivo de sus escritos, sino también como cristiano que ha sido proclamado Venerable en 1991 por sus virtudes heroicas y el ejemplo de su vida¹. El hecho de que Newman haya sido citado cuatro veces en el Catecismo de la Iglesia Católica y sea el único teólogo moderno mencionado en esta obra, así como una vez en la Encíclica *Veritatis Splendor*, manifiesta bien a las claras su importancia en este momento de la vida eclesial.

En el corazón de la concepción newmaniana sobre el laicado y el sacerdocio se halla la santidad, es decir, la unión con Cristo mediante el

1. *Decretum Canonizationis Servi Dei Ioannis Henrici Newman*, Congregatio de Causis Sanctorum, (Romae, 22 mensis Ianuarii A. D. 1991).

fiel seguimiento de la vocación específica a la que cada uno ha sido llamado. Es mucho lo escrito sobre Newman y el laicado. Pero casi todas las obras sobre el tema se ocupan casi exclusivamente de la controversia suscitada por el artículo de Newman publicado en *The Rambler*, y titulado «On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine» («Sobre la consulta a los fieles en materia de doctrina»)². Pareció a algunos entonces que Newman propugnaba una injerencia de los laicos en las tareas de la *Ecclesia Docens*, lo cual estaba muy lejos de su pensamiento. Las ideas de Newman sobre el sacerdocio, apenas han sido estudiadas con detalle, tal vez porque no representan la gran contribución que encierran sus pensamientos sobre el laicado, pero merecen en cualquier caso un exámen atento.

Newman era por temperamento un hombre profundamente religioso, como muestran de modo patente sus escritos autobiográficos. Pero no procedía de una familia de clérigos, como era el caso de muchos de sus contemporáneos en el Movimiento de Oxford. Durante sus años universitarios sintió un indudable llamamiento a la vida sacerdotal y al celibato, algo nada común entre anglicanos. Este llamamiento no le planteaba, sin embargo, ningún conflicto con sus compromisos espirituales e intelectuales vividos en el mundo.

Hombre religioso hasta la médula, Newman no poseía espíritu monástico. Le asistía una fina apreciación del mundo en todos sus aspectos positivos.

Su elección del Oratorio de San Felipe Neri como el mejor lugar para él y sus seguidores, en orden a vivir su sacerdocio en el seno de la Iglesia Católica, le vino motivada en gran parte por la idea de que la vida oratoriana era la más apta, en aquel momento y circunstancia, para los hombres de formación universitaria. Como hombre de Oxford y seguidor fiel de San Felipe, Newman manifestó siempre una honda simpatía hacia lo secular. Sus ideas sobre los laicos y su papel en la Iglesia no eran meramente teóricas; se apoyaban, por el contrario, en la observación y en la experiencia vivida.

El adversario era para Newman el mundo en su condición caída, y de hecho libró toda su vida una batalla contra el liberalismo religioso, que

2. Samuel D. FEMIANO, *Infallibility of the Laity (The Legacy of Newman)*, 9 Herder & Herder, N. Y., 1967; Patterson, T. NEWMAN WEBSTER, *Pioneer for the Layman*, Corpus Books, Washington/Cleveland, 1968; Jean GUITTON, *The Church and the Laity (from Newman to Vatican II)*, Alba House, Staten Island, NY, 1965.

él definía como indiferentismo³. En el discurso pronunciado al recibir el Cardenalato pudo afirmar:

«Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran mal. Por espacio de 30, 40, 50 años, he resistido con mis mejores energías el espíritu del Liberalismo en religión.

Nunca como ahora ha necesitado tan urgentemente la Santa Iglesia campeones contra esta plaga que cubre la tierra entera. En esta ocasión, cuando es natural que alguien en mis circunstancias contemple el mundo y la Iglesia que lo habita, según la situación presente y las perspectivas futuras, nadie juzgará fuera de lugar que yo renueve ahora la protesta que he repetido con tanta frecuencia.

El Liberalismo en religión es la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito religioso, sino que cualquier credo es tan bueno como cualquier otro. Es una opinión que gana acometividad y fuerza día tras día. Se manifiesta incompatible con el reconocimiento de alguna religión como verdadera, y enseña que todas han de ser toleradas como asuntos de simple opinión. La religión revelada —se afirma— no es una verdad, sino un sentimiento o inclinación; no obedece a un hecho objetivo o milagroso. Todo individuo, por lo tanto, tiene el derecho de interpretarla a su gusto»⁴.

Es útil tener en cuenta estas palabras en relación con los llamamientos de Newman a favor de un laicado católico devoto y culto. Se dió cuenta de la absoluta necesidad de laicos cristianos en la sociedad, no solo como algo bueno en sí mismo, sino también como única defensa eficaz frente al liberalismo religioso. Newman se encontraba como en su casa combatiendo en su tiempo lo que serían las batallas previstas de los últimos decenios de nuestro siglo XX.

Pienso también que podemos definir a Newman como un verdadero adversario de lo que solemos llamar clericalismo. Un autor contemporáneo lo describe así: «El Clericalismo asume que los clérigos no solamente son sino que están para ser la élite activa y dominante en la Iglesia, mientras que los laicos serían la multitud pasiva y sometida. Una consecuencia es

3. Vide John Charles McCOSKEY III, *Liberalism and Newman the Anglican: Vision and Response*, Doctoral Thesis, University of Navarre, Pamplona, 1981.; Also Marvin O'CONNELL, *Newman and Liberalism*, In *Newman Today*, Wethersfield Institute, Editor, Stanley Jaki, Ignatius, San Francisco, 1988.

4. *Addresses to Cardinal Newman and his Replies*, 1879-1881, ed. W. Neville, London: Longman, 1905, pp. 61-71.

que los laicos se ven desanimados a la hora de vivir seriamente su responsabilidad eclesial, con grave pérdida para la evangelización. Se les aparta así mismo de cultivar una espiritualidad que supere un nivel bajo de fervor e intensidad. La mentalidad clerical ve el afán por la santidad como un asunto de sacerdotes y religiosos...»⁵.

Aunque Newman no habría formulado en estos términos el problema del clericalismo, dado el marco histórico de la Inglaterra Victoriana, habría desde luego aceptado este análisis. En un incidente muy conocido, después del fracasado intento de fundar un Oratorio en Oxford que sirviera de capellanía para los estudiantes católicos, Newman se vio atacado por gente de tendencia ultramontana, tanto en Roma como en Inglaterra⁶. Y fue defendido en su integridad y altura de miras en una carta abierta firmada por doscientos prominentes católicos ingleses.

Es interesante observar que este clérigo se veía apoyado en este asunto por un grupo formado totalmente de laicos, hombres que habían entendido bien sus enseñanzas. Este incidente provocó los ataques de Monseñor George Talbot, un inglés de la Curia romana y firme adversario de Newman, que en un exabrupto propio de una mente próxima al desequilibrio, afirmó que «si no se impone un control a los laicos ingleses, se convertirán en los gobernantes de la Iglesia Católica de su país, en lugar de la Santa sede y el Episcopado... Los laicos comienza a enseñar sus garras». Talbot remató sus observaciones en esta ocasión con unas líneas que se han hecho famosas. «¿Qué es lo propio de los laicos? —escribe a un obispo inglés— ¿Cazar, disparar, organizar fiestas? Todo esto lo hacen bien, pero no tienen derecho alguno a entrometerse en asuntos de Iglesia... El Dr. Newman es el hombre más peligroso de Inglaterra, y podrá verse pronto que hará uso de los laicos en contra de Usted»⁷.

Newman no tenía, desde luego, interés alguno en una interferencia laical en asuntos de Iglesia propiamente dichos, pero su concepción sobre el papel del laico cristiano en la Iglesia y en el mundo distaba años luz de las ideas de Monseñor Talbot.

Algún tiempo atrás, como resultado de una controversia en torno a *The Rambler*, una publicación católica dirigida por laicos, Newman hubo

5. Shaw RUSSELL, *To Hunt, To Shoot, To Entertain (Clericalism and the Catholic Laity)*, Ignatius Press, San Francisco, 1993, p. 13-4.

6. Cfr. Ian KER, *John H. Newman*, Oxford 1990, 603.

7. Citado en John Coulson, Introduction, in John Henry NEWMAN, *On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine* Sheed and Ward, New York, 1961, 41-42.

de entrevistarse con el obispo de Birmingham, Mons. Ullathorne. Según Newman, «(el obispo) dijo algo así como «¿Quiénes son los laicos?» Yo (Newman) contesté que la Iglesia parecería ridícula sin ellos»⁸. Paso ahora a una descripción básica de cómo veía Newman a los laicos y qué esperaba de su actividad.

Es bien sabido que Newman poseía un hondo conocimiento de los Padres de la Iglesia, así como un encendido amor hacia ellos. Los había leído enteros, en los originales griegos y latinos, al menor dos veces antes de los 30 años. Puede muy bien ser considerado un precursor del estudio de los Padres como fuente teológica primordial, que ha sido una marcada nota de algunos gigantes de la teología del siglo XX, como Henry de Lubac, Danielou, Congar, etc.⁹.

Pero Newman vivía además una devoción intensa hacia los cristianos *de a pie* de los primeros tiempos de la Iglesia, tanto los mártires y confesores a los que veneraba, como los incontables hombres y mujeres que trataban de ser testigos de Cristo en las situaciones ordinarias de la vida. Aquí se encontraban los cristianos responsables, con la gracia de Dios, de la gradual y firme expansión de la Iglesia a lo largo y a lo ancho del Imperio, antes del edicto de Milán. Esta cristianidad primera era como un modelo para la moderna vida cristiana, dado que —dice Newman— «el Cristianismo se ha sostenido en el mundo no como un sistema, ni mediante libros, ni por controversias, ni en virtud del poder temporal, sino a través de la influencia personal de hombres que han sido a la vez maestros y modelos de la doctrina enseñada... No me digáis que estos cristianos son pocos, porque no importa. Son suficientes para hacer el trabajo silencioso de Dios. Comunican su luz a un gran número de luces más pequeñas, por las que, a su vez, se distribuye... Unos pocos hombres con espíritu salvarán el mundo por generaciones»¹⁰.

Aunque ya hemos aludido tangencialmente a la opinión de Newman sobre el papel de los laicos en cuestiones de fidelidad y desarrollo doctrinales, es decir, al *sensus fidelium*, hemos de volver ahora sobre el tema. El primer libro de Newman, publicado cuando era un joven clérigo anglicano y fellow de Oriel College, se titula «*Los Arrianos del Siglo IV*». Se trata de una magnífica narración de la controversia arriana, que motivó la cele-

8. Ibid. p. 18-19.

9. Louis BOUYER, C. O., *Newman's Vision of Faith*, Ignatius Press, San Francisco, 1986, pp. 11-13.

10. NEWMAN, *University Sermons*, p. 65, 77, 82-83.

bración del Concilio de Nicea. La tesis central de esta obra es que la masa de los fieles Católicos se mantuvo fiel a la doctrina trinitaria ortodoxa, mientras que, al menos en ciertos momentos de la crisis arriana, la mayoría de los Obispos no lo fueron.

Dice Newman: «El pueblo católico, a lo largo y a lo ancho de la Cristiandad, fue el campeón permanente de la verdad cristiana, y no los obispos... Cuando hablo aquí de los laicos incluyo a los sacerdotes con cura de almas; pero en conjunto y con una visión amplia de la historia, hemos de decir que el cuerpo gobernante de la Iglesia no llegó a la altura de los gobernados, que sobresalieron por su fe, celo, valentía y constancia. Es un hecho llamativo que contiene una enseñanza. Tal vez fue permitido para imprimir en la Iglesia la gran lección evangélica de que no son los sabios ni los poderosos, sino los oscuros, ignorantes y débiles quienes constituyen su real fuerza. Fue sobre todo mediante el pueblo fiel como fue vencido el paganismo; fue mediante el pueblo fiel, dirigido por Atanasio y los Obispos egipcios, como pudo ser resistida la peor de las herejías»¹¹.

En ningún sentido minimiza Newman la autoridad docente de la Jerarquía. Se limita sencillamente a acentuar la responsabilidad de los fieles a la hora de mantener y propagar la fe que les ha sido confiada como cristianos. Cita la crisis arriana porque le brinda un excelente ejemplo de fidelidad laical a la doctrina recibida. «En las primeras épocas del Cristianismo —leemos en otro lugar— fue el espíritu vibrante de millares de fieles anónimos, el que recibió la fe apostólica de labios de los discípulos del Señor, el que cuidó de ella, la hizo circular, y la transmitió fielmente de generación en generación»¹².

Como hombre del siglo XIX y no del siglo IV, Newman se interesaba sobre todo por el papel de los laicos cristianos en un mundo moderno al que veía dirigirse rápidamente hacia la infidelidad. Como párroco anglicano y tutor universitario, encaminó sus consejos personales y su predicación al objetivo de lograr un cambio espiritual e intelectual en quienes le oían. Casi todos sus escritos, anglicanos y católicos, van dirigidos a laicos, generalmente de la clase culta. Sus intenciones en esta actividad pueden colegirse muy bien a partir de un texto, que presagia claramente la enseñanza del Concilio Vaticano II acerca del laicado. «Lo que deseo en los Católicos —escribe Newman— es el don de manifestar abiertamente lo que es su religión. Es uno de los ‘dones excelentes’ de los que el Apóstol os pide ser

11. COULSON, op. cit., cit. de *The Arians of the Fourth Century*, pp. 109-10.

12. H. S., 1., 209-10.

‘celosos’. No debéis esconder vuestros talentos en un paño, ni vuestra luz debajo del candelero. Desearía un laicado, no arrogante, ni precipitado en su hablar, ni amigo de disputas, sino hombres y mujeres que conocen bien su religión, que entran en ella, que saben su posición, que saben lo que creen y lo que no necesitan creer, que conocen su Credo y pueden dar razón de él, que saben suficiente historia para poder defenderlo. Desearía un laicado inteligente y bien instruido. No niego que ya lo seáis; pero intento ser severo y exigente en mis peticiones. Busco ensanchar vuestro conocimiento y cultivar vuestra razón, para que entendáis bien la relación de unas verdades con otras, cómo se comportan mutuamente la fe y la razón, cuáles son las bases y los principios del Catolicismo... En todo tiempo, los laicos han sido la medida del espíritu católico. Ellos salvaron la Iglesia de Irlanda hace tres siglos, y la traicionaron en Inglaterra»¹³.

Hay que hacer notar aquí que el ideal newmaniano de laico culto y bien formado es una persona fiel al magisterio de la Iglesia. «Hemos de tener en cuenta que, dado que la esencia de toda religión es la autoridad y la obediencia, la diferencia entre religión natural y religión revelada estriba en que una posee una autoridad subjetiva, y la otra una autoridad objetiva. La Revelación consiste en la manifestación del invisible poder divino, o en la sustitución de la voz de la conciencia por la voz del Legislador mismo. La supremacía de la conciencia es la esencia de la religión natural; la del Apóstol, o el Papa o el Obispo, es la esencia de la religión revelada...»¹⁴.

Newman espera que todo fiel laico esté dispuesto a suscribir la profesión de fe que incluye al final de la Apología. «Creo —dice— todo el dogma revelado, tal como fue enseñado por los Apóstoles y me es declarado por la Iglesia. Lo recibo como es infaliblemente interpretado por la autoridad a la que ha sido confiado, e (implícitamente) tal como pueda ser desarrollado por esa misma autoridad hasta el fin del tiempo. Me someto además a las tradiciones universalmente aceptadas en la Iglesia, en la que vive el contenido de las definiciones dogmáticas que de tiempo en tiempo se declaran, y que son siempre la veste y la ilustración del dogma Católico que se ha definido ya antes. Y me someto personalmente a las demás decisiones de la Santa Sede, teológicamente o no, que, aparte de la cuestión de su carácter infalible, llegan a mí con un derecho a ser aceptadas y obedecidas»¹⁵.

13. *Prepos.*, 390-391.

14. *Dev.*, p. 86.

15. *Apo.*, pp. 249-251.

Con todo su amor por la libertad de conciencia, Newman nunca habría aceptado la idea teológica de *disenso*.

El Cardenal fue siempre un atento estudioso de los autores clásicos¹⁶, y poseía una gran apreciación por los hábitos y actitudes nobles, tal como se reflejan en la literatura e historia de Grecia y Roma.

De otra parte, los santos que más admiraba, principalmente San Pablo Apóstol, San Atanasio, su padre espiritual San Felipe Neri, y San Francisco de Sales, pueden todos ellos ser descritos, por sus muchas virtudes, como personas de gran atractivo humano. Newman fue así educado, tanto en sentido secular como religioso, para valorar la excelencia de la naturaleza humana completa, que la gracia debe perfeccionar. Sabía por experiencia que la virtud era el resultado de muchos años de formación y de esfuerzo personal, si habían de lograrse los hábitos que hacían de la santidad una meta atractiva. Su famosa y aguda descripción del caballero expresa admirablemente las cualidades humanas que deseaba ver encarnadas por un apóstol moderno. En la Idea de la Universidad escribe:

«Es casi una definición del caballero decir que es un hombre que nunca inflige dolor. Esta descripción es cuidadosa y, dentro de lo posible, precisa. Un caballero se ocupa, en gran medida, en remover los obstáculos que impiden la actividad libre y desenvuelta de quienes le rodean, y se suma a sus movimientos más bien que tomar él mismo la iniciativa. Los favores y beneficios que dispensa podrían ser considerados paralelos a lo que suelen llamarse comodidades o elementos convenientes en las medidas de naturaleza personal. Son como un sillón o un buen fuego, que contribuyen a contrarrestar el frío y el cansancio, aunque la naturaleza nos provee, sin ellos, de medios de descanso y de calor animal.

«De igual modo, el auténtico caballero evita cuidadosamente todo lo que pueda ocasionar una estridencia o un sobresalto en la mente de los demás. Evita así todo enfrentamiento de opiniones, toda colisión de sentimiento, todo retraimiento, recelo, melancolía o resentimiento, porque su gran preocupación es que todos se hallen a su gusto y como en casa. Está pendiente de todos y de cada uno. Es afectuoso con el tímido, amable con el distante, y condescendiente hacia el extravagante. Sabe bien con quién habla, se guarda de alusiones inoportunas o temas que puedan molestar, raramente se hace el centro de la conversación, y nunca resulta aburrido. No da importancia a los favores que hace, y al hacerlos parece ser él quien los

16. KER, Ian, op. cit., p. 24-31.

recibe. Nunca habla de sí mismo, excepto cuando se ve obligado, nunca se defiende mediante una simple respuesta airada o divertida, no presta oídos a la maledición ni al chisme, es escrupuloso a la hora de imputar motivos a los que tratan con él, e interpreta todo favorablemente.

«El auténtico caballero puede tener razón o estar equivocado en su opinión, pero es lo suficientemente cuerdo como para ser injusto. Es tan sencillo como sólido, y tan breve como eficaz. En nadie encontraremos candor, consideración e indulgencia mayores. Sabe ponerse en el lugar de sus oponentes, y comprende sus equivocaciones. Conoce tanto la debilidad de la razón humana como su fuerza, sus capacidades y sus límites¹⁷».

Hemos de completar nuestro diseño de los juicios de Newman sobre el laicado, considerando el medio más eficaz por el que el cristiano comparte su amor de Dios con los demás. Newman habla en este punto de apostolado de influencia personal¹⁸. Tenía él mismo un don extraordinario para hacer y mantener amistades. Su temperamento equilibrado y amable no estaba exento de ocasionales manifestaciones de timidez. Nadie le hubiera descrito como extrovertido ni fácil en la comunicación con otros, lo cual hace su enorme influencia tanto más misteriosa. Basta hojear los volúmenes de sus cartas y diarios, o consultar el índice de nombres que allí aparecen, para darse cuenta que la relación que mantenía con docenas y hasta cientos de personas era particularmente profunda. Su influencia personal se ha ejercido y se ejerce hoy en millones de hombres y mujeres, que han leído sus obras y que se han visto fascinados por la luz y el calor que comunican. Raro es el intelectual inglés o norteamericano, convertido al Catolicismo en los últimos 150 años, que no haya atribuido a Newman, en alguna medida, una influencia en la conversión. Newman habla realmente al corazón, cor ad cor loquitur, sin dejar de hablar, en todo momento, a la cabeza. El Obispo de Birmingham, que le conocía bien, pudo decir: «hay un santo en ese hombre»¹⁹.

Pasamos ahora a considerar los rasgos principales de la concepción newmaniana del sacerdocio. Mucho de lo que Newman propone para el laico cristiano puede ser aplicado, *mutatis mutandis*, al sacerdote. El Carde-

17. *Idea*, Edited, with an introduction and notes by Martin Svaglic, University of Notre Dame Press, 1986, p. 159-160.

18. vid. C. John McCLOSKEY III, *The Apostolate of personal influence in the work of Cardinal Newman*, in *Annales Theologici*, (4, 1990), p. 421-434.

19. KER, op. cit., p. 744.

nal ha escrito relativamente poco acerca del sacerdocio²⁰. Su vida sacerdotal fue ejemplar en todos los aspectos, a pesar de las polémicas y conflictos producidos en el desarrollo del Oratorio, fundado por él en Inglaterra²¹.

Newman sobresalía en su amor a la Misa y en su viva devoción a la presencia Eucarística. «Para mí —escribe— nada hay tan consolador, penetrante y sobrecogedor como la Misa tal como se celebra entre los Católicos. Podría estar en Misa continuamente sin fatigarme. No es una simple forma de palabras —es una gran acción, la mayor que puede realizarse en la tierra... Jesús se hace presente sobre el altar en su carne y en su sangre, y ante El se inclinan los ángeles, y los demonios tiemblan»²². Hablando de la Bendición con el Santísimo Sacramento dice en otra ocasión: «Es la solemne Bendición que el Señor imparte a su pueblo, como cuando levantaba sus manos sobre los niños, o cuando bendecía a sus elegidos en la Ascensión. Como los hijos van al padre antes de ir a dormir por la noche, así la gran familia Católica viene ante el Eterno después del trabajo diario, y El les sonríe y vierte sobre ellos la luz de su rostro»²³.

Newman dedicó horas y horas a oír confesiones durante las décadas de su vida en el Oratorio de Birmingham. Suyas son estas consideraciones de tanta actualidad: «Si hay una realidad divina en la Iglesia católica, después de la Sagrada Eucaristía, es la confesión, tal como la vivimos en el acto de arrodillarnos, en la voz baja y contrita, en el signo de la Cruz sobre nuestras cabezas, y en las palabras de absolución, bendición y paz»²⁴.

La predicación de Newman, tanto anglicana como católica, era de estilo y contenido sencillos, y dejaba en los oyentes un impacto tan profundo y directo, que fue causa de innumerables conversiones y cambios de corazón. Con excepción, tal vez, de algunos Padres de la Iglesia, y de Bossuet, en tiempos más modernos, es difícil encontrar un predicador con mejor sentido para el uso más apropiado de la S. Escritura. Un testigo de aquella predicación ha escrito: «Nadie era capaz de resistir la fascinación de aquella figura espiritual, que avanzaba como en volandas, en la penumbra de la tarde, por la nave de Santa María, ascendía al púlpito, y con la más sugestiva de las voces, rompía el silencio con palabras y pensamientos

20. Placid MURRAY, O. S. B., *Newman the Oratorian*, Gill and Macmillan, LTD., Dublin, 1968, pp. 3-133.

21. C. O., JONATHAN, *Newman and St. Philip Neri: The Quest for Sanctity*, in *Faith and Reason*, Front Royal, Va. XV, no. 4, Winter, 1989, pp. 13-41.

22. *L. G.*, pp. 327-9.

23. *Prepos.*, pp. 255-6.

24. *Prepos.*, pp. 351-2.

que eran música religiosa, sutil, dulce y severa. Me parece oírla todavía. ¡ Dichoso el hombre que en ese moldeable tiempo de la juventud escucha voces semejantes! Son una posesión para siempre»²⁵.

No debe olvidarse que Newman llevó a cabo con la gente pobre de Birmingham la mayor parte de su trabajo sacerdotal. Sabía por experiencia que «ninguna situación sorprende a un sacerdote católico. Tiene siempre un cometido que realizar y una cosecha que recoger».

«Si fuera de otro modo, si el predicador no conservara la confianza aun en medio del día más oscuro y el barrio más hostil, estaría renunciando a una característica principal de la Iglesia. La Iglesia es católica porque trae un remedio universal para una enfermedad universal. La enfermedad es el pecado. Todos los hombres han pecado. Todos necesitan recobrar la salud en Cristo. A todos debe predicarse y dispensarse la salvación. Si existe entonces un predicador y dispensador de la salud enviado por Dios, ese mensajero debe hablar, no a uno, sino a todos. Debe adaptarse a todos, debe ir a toda la raza de Adán, y poder ser reconocido por cualquier individuo de la familia humana».

«No digo que deba persuadir a todos o prevalecer sobre todos, porque esto depende de la voluntad de cada uno. Pero debe mostrar su capacidad de convertir a todos convirtiendo en concreto a algunos de cada tiempo, cada lugar, cada situación social, cada edad»²⁶.

Podemos ahora terminar con un breve examen de cómo consideró Newman el sacerdocio teológicamente. La idea del sacerdocio cristiano como una realidad procedente de Dios está en el corazón de la concepción newmaniana. Del sacerdocio fluye el entero sistema sacramental de la Iglesia, incluida la Sucesión Apostólica. Esto era ya aceptado por Newman en sus años anglicanos. «Un orden sacerdotal —escribe— es históricamente la esencia de la Iglesia; si ese orden no procediera de Dios sería algo así como la esencia doctrinal del Anticristo»²⁷.

Newman se refiere en estas palabras más a la necesidad de un orden sacerdotal que enseñe con autoridad, que a su significado sacramental. Años después dice de la Iglesia: «Si su clero son sacerdotes, si pueden perdonar pecados, y traer al Hijo de Dios sobre sus altares, es obvio que no puede ser súbdita del Estado. Si no fueran sacerdotes, lo mejor sería poner-

25. James Anthony FROUDE, *Short Studies on Great Subjects*, fourth series, New York: Charles Scribner's & Sons, 1910, p. 188.

26. *Mix.*, p. 246.

27. *Ess.*, 2, p. 173.

los cuanto antes bajo un ministro de instrucción pública, y abolir el Episcopado»²⁸. El Cardenal rechaza terminantemente tanto un pretendido sacerdocio que no procede de la Sucesión Apostólica, como la realidad de la Iglesia Anglicana y su sacerdocio, que eran una mera dependencia estatal.

A la vez que Newman afirma el Sacerdocio ministerial cristiano como participación en el único Sacerdocio de Jesús, insiste asimismo que el sacerdote está unido al «sacerdocio común» en el cuerpo místico de Cristo.

Esencialmente, aunque no de modo exclusivo, el sacerdocio existe según Newman para la administración de todos los sacramentos, como medios de comunicar la gracia redentora de Cristo. El sacramento por excelencia, al que se ordenan especialmente los de iniciación y el de la penitencia, es la Eucaristía. Allí renueva el sacerdote el sacrificio del Calvario y distribuye el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Dice Newman: «¿Quién es el fiel y prudente administrador, a quien el Señor ha constituido sobre su casa para dar a todos su alimento en el tiempo oportuno? Deduzco de estas palabras, en primer lugar, que hay en la economía salvadora del Evangelio dispensadores especiales de la comida espiritual del cristiano, es decir dispensadores de la gracia invisible, o Sacerdotes; y en segundo lugar, que esos hombres han de continuar en la Iglesia a lo largo de todas las edades hasta el final»²⁹.

El Cardenal era consciente de la debilidad humana llamada a un oficio tan alto, y en su sermón más amplio acerca del sacerdocio escribe: «en cualquier caso, parece a simple vista que no pueden ser criaturas humanas quienes prediquen el Evangelio eterno y dispensen los misterios divinos. Si se trata de ofrecer el sacrificio que el Señor ofreció, continuarlo, repetirlo y aplicarlo; si ha de tomarse entre las manos la Sagrada Víctima; si hay que atar y desatar, bendecir y censurar, recibir las confesiones del pueblo cristiano y absolverle de sus pecados; si hay que enseñar los caminos de la verdad y de la paz, únicamente un habitante del cielo puede desempeñar el encargo. Y sin embargo, hermanos míos, Dios ha enviado para el ministerio de la reconciliación no ángeles sino hombres. Ha enviado a vuestros hermanos, no a seres de naturaleza desconocida y vida diferente; ha enviado para predicadores a seres de carne y hueso como vosotros... Ninguna tentación, hermanos míos, os sobrevendrá que no pueda presentarse también a todos los que participen en vuestra naturaleza, aunque quizás voso-

28. *Diff.*, 1, p. 217.

29. *P. S.*, 2, 25: P. 312.

tros hayáis cedido y ellos no. Estos hombres pueden comprenderos, anticipar vuestras dificultades y penetrar el sentido de lo que os ocurre, aunque no os acompañen en los mismos pasos.

«Serán comprensivos con vosotros y os aconsejarán con mansedumbre, pues saben que también ellos pueden sentir idénticas debilidades. Acercaos sin recelo a nosotros, los que estáis cansados y oprimidos por cargas pesadas, y encontraréis reposo en el espíritu. Venid a quienes estamos, sin mérito nuestro, en el lugar de Cristo y hablamos en su nombre. También nosotros hemos sido salvados en la sangre del Señor»³⁰.

El gran deseo de Newman, para sacerdotes y laicos, es que todos vieran plenamente los privilegios y los deberes de la vocación común de cristianos. Nadie que se acerque con sana intención a los escritos del Cardenal dejará sentirse invitado a mejorar su relación con Dios y con los demás hombres. En el corazón del mensaje newmaniano para el cristiano de hoy encontramos un hondo sentido de la vocación personal. «Dios me ha creado —escribe— para llevar a cabo una tarea. Me ha encomendado un trabajo que no ha encomendado a otro. Tengo una misión... Soy un eslabón en una cadena, un lazo de conexión entre personas. Dios me ha creado para algo, y debo hacerlo bien, debo hacer Su obra. Seré un instrumento de paz, y predicador de la Verdad en mi sitio».

John McCloskey III
Princeton, N. J., U.S.A.

30. *Mix.*, pp. 44-5, 60.